

EN LA SIERRA  
NEVADA DE SANTA  
MARTA

---

WILHELM SIEVERS



El vocablo páramo significa terreno yermo, raso y desabrigado en regiones montañosas, pero sólo se designan con él elevaciones que sobrepasan la vegetación arbórea y donde los vientos imperan libremente. jamás llamaremos páramos a los valles, sino sólo a las elevaciones circundantes.

El carácter del paisaje del páramo es muy singular. A los habitantes de Venezuela y Colombia no les agradan los páramos porque allí el aire es frío, el viento sopla en ráfagas cortantes y hace muy arduo y pesado el paso por esos lugares. El europeo, en cambio, gusta de andar por ellos en parte porque allí se le ofrece el panorama más vasto de la comarca y en parte porque la atmósfera fría de las alturas lo transportan con la imaginación a su terruño en las tierras nórdicas. También se asemeja a él la naturaleza de la región. En su mayoría los páramos son extensos herbazales, praderas y terrenos pantano-

sos, en los cuales se originan los ríos que pronto se precipitan hacia las tierras bajas en turbulentas corrientes. Pero existen también extensos pedregales formados por la erosión de los macizos rocosos de los alrededores y su disgregación por el efecto de los cambios atmosféricos. Se pueden distinguir cortos y escabrosos pasos y largos y extensos páramos, según deba cruzarse una cadena ancha o sólo angosta en sus zonas más altas. Si estos pasos conducen de un valle longitudinal a otro, generalmente las ascensiones son suaves y la vista restringida porque de ordinario los limitan a ambos lados imponentes rocas. En cambio, si se cruza transversalmente una de las altas cadenas el espectáculo que se ofrece a los ojos es grandioso: un vasto panorama de las tierras circundantes y de los grandes colosos que se elevan a poca distancia.

Así, por ejemplo, desde el páramo de Chucuaucá en el cual nos encontramos, se divisa toda la región montañosa meridional y sudeste del Nevada, principalmente las ya citadas partes del mismo, las cadenas que se encuentran entre Valle de Upar y San Sebastián, pero también la ladera occidental que descende hacia el Magdalena y en su inmediata vecindad los picachos, semejantes a un laberinto, mi-

ran desde la cadena central de la Sierra Nevada hacia el Valle de Upar. Enfrente, más allá del Valle de César, se alzan los Andes de Perijá, de cuyas compactas e imponentes formas ya he hecho mención en repetidas ocasiones y las cuales pertenecen a las más bellas cadenas montañosas que haya visto en América del Sud.

La característica principal de los páramos es la soledad. No se escucha en ellos el menor sonido, ni voz alguna de las aves. Las mariposas han desaparecido y se nota la ausencia de víboras y lagartos. A lo sumo se percibe el zumbido de las moscas y el lejano mugido de los vacunos, pues a menudo los rebaños de los habitantes asentados en el valle pastan en los prados de la montaña.

Uno mismo cabalga en silencio porque el viento es cortante. Envuelve a los viajeros fría y húmeda niebla y cuando se habla a los acompañantes, éstos oyen mal porque el aire enrarecido de la alta montaña reduce la intensidad del sonido. Pareciera que el compañero se hubiese quedado sordo. La niebla y el fuerte viento también importunan a las mulas. De repente, se empacan y no hay fuerza capaz de moverla del lugar. En su primer momento, la densa niebla nos impide reconocer el motivo de tal com-

portamiento. Nos apeamos y seguimos a pie. Descubrimos entonces, en medio del camino, una mula agonizante que formaba parte de la última caravana que si bien estaba ya acostumbrada a las fatigas de la ascensión, en aquella oportunidad cayó agotada para esperar allí su fin. Debimos describir un amplio desvío en torno del lugar y considerarnos afortunados que el terreno lo permitiera. Si el animal moribundo hubiera yacido en una quebrada, ningún poder del mundo hubiera hecho pasar por allí a nuestras mulas. Nos hubiéramos visto condenados a regresar e interrumpir el viaje.

De este modo proseguimos nuestra marcha titiritando de frío: la niebla se hacía cada vez más espesa, las manos se nos quedaban ateridas sobre las riendas y poco a poco la niebla que estaba bajando nos dejó completamente empapados. Nuestros acompañantes, vestidos con ropas livianas a la usanza de sus calurosas tierras bajas, hacían rechinar los dientes, y agotados por el frío expresaron sus deseos de acostarse y descansar. Eso hubiera sido su muerte segura. De hecho, es frecuente que la gente muera congelada en las heladas alturas, y se ha creado una palabra propia para designar ese estado: emparamarse, derivada de páramo. Las cruces al

costado del camino señalan los infaustos lugares. Al parecer, este fenómeno es imputable a la rápida transición del clima cálido de las tierras bajas, a las lluvias o nevadas acompañadas de un viento lacerante, pues a menudo, los habitantes de la tierra caliente cruzan los elevados pasos de la montaña descalzos y cubiertos sólo con una camisa y un pantalón, o sea que se exponen a las influencias climáticas sin protección alguna.

A mi propio sirviente le sucedió que sus pies y manos se le congelaran en un páramo no demasiado alto, pero sí castigado por un viento fuerte, y no revivieron sino después de prolongadas fricciones. De todos modos, estos repentinos cambios del calor al frío, es decir a una temperatura que puede alcanzar el punto de congelación, someten al sistema circulatorio a repentinas exigencias del todo desacostumbradas y éste parece tener dificultades para adaptarse a las nuevas condiciones. Se produce un estancamiento cuya consecuencia es la muerte si no se presta ayuda, inmediata. De hecho, las transiciones son a menudo muy rápidas. Cuando salía de mañana rumbo al páramo con una temperatura de 5 a 911 y regresaba alrededor de las dos de la tarde a un valle agobiado por un calor de 32-35~3 a la

sombra y hasta 450 al sol, generalmente sufría dolores de cabeza. Por el contrario, mi sirviente era víctima de accesos febriles en las cumbres de Santa Marta, toda vez que salía de la tierra caliente y se exponía al frío clima de altura.

Por fin, logramos escala,- el paso a las cuatro. La predominante a esa altura se compone de musgos y líquenes, además del típico frailejón, una especie de Espeletia de gruesas hojas carnosas, largas inflorescencias de flores amarillas de consistencia lanosa. Allí, sobre la Sierra Nevada crece asimismo otra variedad que alcanza la altura de un árbol. El tronco llega hasta los dos metros, y la copa alcanza igual altura. De las ramas penden los frutos en racimo. Ni en Venezuela ni en Colombia he visto árboles de frailejón. Al parecer esta forma crece solamente en la Sierra Nevada de Santa Marta. A partir de 105 3.300 m hacia arriba, puebla todas las laderas de las montañas. El color blanco plateado de la cara inferior de las hojas hace aparecer mis monótonas y melancólicas las grises masas rocosas.

Inmediatamente detrás del Páramo de Chucaucá se eleva otra cadena de mucho mayor altura. Entre ambas está encerrado un valle de montaña con un lento y paulatino declive hacia el oeste, hacia



el río Cataca, y hacia el este, hacia el Guatapurí. Nos dirigimos hacia el oeste y durante tres cuartos de hora estuvimos cabalgando cuesta abajo por este valle triste y desierto, encerrado entre escarpadas montañas grises de 500 m de altura. A las cinco llegamos hasta una solitaria choza que lleva el nombre Duriameina. En los prados linderos pastaban manadas de caballos semisalvajes. Sus movimientos y el murmullo del arroyo eran los únicos signos de vida en derredor. La choza de Duriameina es tan alta que se puede estar de pie en su interior, pero carece de puerta de modo que no puede taparse su entrada. Este hecho no es nada grato teniendo en cuenta el frío de la región. En el momento de nuestra llegada hacía 170 al sol, pero a las seis, cuando el astro rey se puso iluminando con su resplandor rojo las cumbres azul grisáceas que se recortaban nítidamente contra el oscuro cielo crepuscular, la temperatura empezó a descender rápidamente. A las siete registramos 10<sup>0</sup> en el lado occidental de la choza, mientras que en el oriental azotado por el viento reinaba 811. A las ocho, la temperatura bajó a 70 y a las nueve a 5,50 C. Castañeteando con los dientes, muertos de frío nos envolvimos en las mantas calientes. Me puse una doble muda de ropa interior y

un grueso traje alemán de invierno y después de cocinar al fuego una cena frugal tratamos de dormir. Por cierto, nadie lo logró pues a menudo se levantaba uno u otro para arrimarse al fuego, alimentado precariamente con ramas secas que habíamos hallado por casualidad. La región es tan pobre en leña que Eugenio debió andar más de media hora para encontrar algunas zarzas húmedas y poco combustibles. El viento silbaba a través de las rendijas de la choza. No obstante nos llamábamos dichosos por no tener que pernoctar entre dos bloques rocosos de los que están sembradas las laderas de la montaña.

A las seis de la mañana el termómetro señalaba 0,5° y con la misma rapidez que había descendido la temperatura durante la víspera, comenzó a subir a medida que avanzaba el día. A las siete y cuarto teníamos 2° a la sombra y 9° al sol, a las siete y media 4° y 15° respectivamente, a las ocho 8° y 18° respectivamente. No nos levantamos hasta las nueve y media pues el frío nos impedía la partida y nadie se atreve a trabajar antes de salir el sol. Para las personas que cinco días atrás habían soportado constantemente una temperatura de 35° a la sombra, la

sensación de frío a 0° era tan intensa como si en Alemania debieran soportarse 10°.

Había llegado el momento de atravesar la cadena de Cungucaca. Escalamos su escarpada ladera meridional, cubierta de enormes pedregales. Muy pronto se acabó el camino y no pudimos continuar con nuestras cabalgaduras. El ascenso a pie fue bastante arduo y nos demandó una hora, pero tuvimos nuestra recompensa. Al llegar a la cima se desplegó ante nosotros en toda su longitud la cadena de Nevada de Santa Marta, inundada de resplandeciente sol, destacándose contra un profundo cielo azul con su maravillosa claridad. He ahí la meta principal de todo mi viaje. Con una altura regular de las crestas de 4.600 a 4.800 m se extiende soberana; sobresalen picos aislados de formas en parte abruptas, algunos cubiertos enteramente por un blanco manto de nieve, otros que sólo llevan nieve en los desfiladeros, las hendiduras y grietas ya que los empinados precipicios impiden su acumulación. En total, se cuentan ocho a diez picos nevados, unos grandes y otros chicos, entre los cuales descuellan dos en particular que se encuentran sobre una línea orientada de oeste a este. Entre las cumbres nevadas se extienden campos de nieve, y en la pendiente de

uno de los picos reconocimos el juego de colores verde, azul y blanco de un pequeño glaciar. Aun cuando esta cadena ofrece sin duda un panorama de soberbia grandiosidad, no negaré que sentí cierta decepción, pues en realidad esperaba ver más nieve. Desde el mar y desde las sabanas del valle de César divisábamos la misma cantidad de nieve y por esta razón imaginamos que a una mayor proximidad la vista sería más imponente.